

Doble juego supone un gran paso adelante en el estudio de las relaciones hispano-polacas; debería ser traducido al español porque se trata de una obra que no solo aclara al mínimo detalle los entresijos de la implicación polaca en la guerra española a diferentes niveles, sino que aporta nuevas luces sobre el papel de las principales potencias extranjeras en

el conflicto español. Estamos ante un trabajo que, por su sólida base de fuentes y por la distancia narrativa que aporta su perspectiva extranjera, debería ser una referencia para el estudio del componente internacional de la Guerra Civil Española –también para la historiografía española.

ÁNGEL LÓPEZ PEIRÓ

Ángel GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI y Javier RUIZ ASTIZ, **Militares y carlistas navarros (1833-1849)**, Pamplona: UPNA, 2017, 572 p., ISBN: 978-84-9769-321-9

Tal y como recoge Ángel García Sanz en una introducción llena de tópicos (los carlistas no daban importancia a los fueros) y descubrimientos del Mediterráneo (en Navarra había liberales, muchos carlistas navarros se acogieron al convenio de Vergara), el propósito de este libro es dar a conocer la información recogida sobre los oficiales y jefes navarros que sirvieron en el ejército de don Carlos, realizando un estudio de carácter prosopográfico en la medida en que las fuentes lo permiten. Para ello se ha trazado un modelo de ficha en que se recogen los datos que se han logrado encontrar sobre 465 militares, tanto datos previos a la contienda como posteriores a la misma, con el propósito de ver quiénes habían servido ya antes en la guerra de la Independencia o en la campaña realista, o quiénes participaron después en el alzamiento antiesparterista de 1841, la campaña montemolinista o la tercera guerra carlista. Las fuentes de archivo utili-

zadas son cuantiosas, y también las hemerográficas y bibliográficas.

Llama la atención, dada la amplitud de fuentes y el meritorio trabajo de recopilación de datos, el escaso detenimiento que parece haberse utilizado en leer el material disponible. Según García Sanz, “a la espera de posibles nuevas fuentes, consideramos que los efectivos totales de las fuerzas carlistas navarras en la guerra de los Siete Años se sitúa, en el mejor de los casos, entre los 9.000 y 10.000 hombres y que el número de jefes y oficiales oscila en torno a los 700”, con una proporción que estaría por tanto en torno al 7%. Lo curioso es que para realizar esta afirmación se dice en nota a pie de página que “este porcentaje resulta verosímil si se tiene en cuenta que un estadillo de la fuerza total de los carlistas vizcaínos de mayo de 1835 sumaba 6.249 hombres, de los que 238 (3,80%) eran jefes y oficiales, y 149 (2,38%), subtenientes”. Una simple mirada a Piralá (1889, tomo I,

p. 673) le diría que la proporción entre oficiales y tropa del ejército carlista a mediados de 1835 era de un 5,57% y al finalizar el mando de Eguía (Pirala, I, 1.194), de un 6,44.

Estos mismos datos se pueden obtener, en fuentes de archivo, para los carlistas navarros, por lo que no es necesario irse al ejemplo de los guipuzcoanos. Por citar un archivo que los autores dicen haber consultado (se ve que con excesiva rapidez), en el fondo Pirala de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, leg. 9/6.800-8, se conserva un *Estado que manifiesta la fuerza tanto efectiva como disponible que tiene el Ejército del R.N.S. en el día de la fecha con arreglo a las últimas estados recibidos de los Cuerpos. Cuartel general de Escoriaza 15 de junio de 1836*. Según los datos que allí aparecen la fuerza efectiva de las unidades carlistas navarras era en dicha fecha de 10.469 hombres, dividida de la siguiente forma: 33 jefes, 553 oficiales y 9.883 soldados. La proporción, por tanto, sin necesidad de calcularla por analogía, sería de 5,92. Pero esto no es lo más significativo de las cifras de este cuadro, sino el hecho de que en junio de 1836 los efectivos de las unidades navarras eran de 10.469 hombres y, por tanto, superiores a esos “entre 9.000 y 10.000 hombres” que según García Sanz habrían alcanzado, “en el mejor de los casos”, “los efectivos totales de las fuerzas carlistas navarras en la guerra de los Siete Años”. Sin ánimo de entrar en polémica, creo que de aquí podría deducirse que por las unidades navarras pasaron a lo largo de la guerra

unos quince o dieciséis mil hombres, lo que implica un error de más del cincuenta por ciento en los cálculos de García Sanz.

Pero, además, el libro no estudia la oficialidad de la división Navarra del ejército carlista, sino los oficiales carlistas que sirvieron en el ejército carlista del Norte, lo que no es exactamente lo mismo, pues algunos sirvieron en otras divisiones (Guipúzcoa, Castilla), en la guardia de Honor de don Carlos, etc. Se trata de un aspecto que no estaría de más que se hubiese discriminado a la hora de hacer estadísticas, para ver si tiene o no repercusiones.

También es digno de destacar la afirmación que se hace en la página 33, nota 73, donde se dice que, “aunque probablemente fueron muy pocos, alguno que combatió en las filas realistas en el Trienio lo hizo en las liberales en la guerra de los Siete Años”. Como es sabido algunos de los principales jefes realistas del trienio liberal, como el general Quesada, jefe que fue de la división de Navarra, lucharon contra los carlistas. Ese fue también el caso del general Sarsfield, que aplastó a los carlistas vascongados, pues en 1833 la guerra no se presentaba como una contienda entre liberales y absolutistas, sino entre absolutistas isabelinos y absolutistas carlistas. ¡Y qué mayor absolutismo que estar dispuesto a aceptar que el rey cambiase la ley de sucesión cuando y como le viniese en gana! El ejército que en 1833 reprime la insurrección carlista es, no lo olvidemos, el ejército absolutista de Fernando VII. La identificación entre isabelinos y li-

berales, en la que en algún momento todos hemos caído, es falsa, y mucho más falsa aún en los primeros meses de la guerra, para lo cual basta ver el manifiesto de 4 de octubre de 1833, en que la reina Cristina, por pluma de Zea Bermúdez, se comprometía a mantener la religión y la monarquía en “todo su vigor y toda su pureza”, lo que molestó extraordinariamente a los liberales. Tal y como señaló Balmes, si su contenido hubiera sido más liberal: “Los hombres que tanto han declamado contra el Manifiesto, tal vez hubieran tributado sus elogios al ministro, pero quizás habrían tenido que hacerlo desde los muros de Cádiz o Barcelona”.

Tras la introducción, que anticipa muchas de las cosas que luego leemos, aunque de forma más somera, se hace un estudio de la procedencia geográfica de los 433 oficiales cuyo lugar de nacimiento ha sido posible determinar, y que en líneas generales coincide con la plantada por Pan Montojo en un libro anterior. Dado que en mi libro sobre la Primera Guerra Carlista (Bullón de Mendoza, 1992, p. 449-451) señalé que desde mi punto de vista esta distribución viene en buena medida determinada por cuestiones de carácter geográfico, no considero necesario incidir más en el tema, pero hoy como ayer me parece muy obvio que si un bando no tiene caballería y el otro sí, el bando que tiene caballería controlará las zonas más llanas, y en consecuencia podrá impedir la recluta del enemigo sobre la misma. Y eso explica, por poner un ejemplo, que Tafalla tenga al principio de la guerra

más hombres en el bando carlista que Estella, pero que una vez establecidas las zonas de control la cifras se inviertan. Por tanto, al menos para mí, la distribución geográfica de los oficiales que se ofrece en esta obra no quiebra, como los autores pretenden, “la extendida idea de la absoluta hegemonía carlista en toda Navarra”. Que había liberales en Navarra es algo de lo que no me cabe la menor duda, pero que su número era mucho menor que el de los carlistas tampoco creo que admita crítica, pues en caso contrario la Primera Guerra Carlista habría terminado en noviembre de 1833, cuando las tropas de Sarsfield y Lorenzo habían ya aplastado el levantamiento inicial.

Que los carlistas, una vez establecido el control sobre una parte de Navarra, acabaron utilizando los métodos de recluta típicos de la época, es algo evidente, y además lo tengo escrito, pero si en 1833 no hubiera habido en Navarra un apoyo popular masivo al Pretendiente no habría habido guerra, pues todas las unidades del ejército regular estuvieron a favor de Isabel II, y buena parte de los realistas no se sublevaron. Puestos a coaccionar es evidente que quien tiene un mayor poder puede realizar una mayor coacción, y quien tenía mayor poder en 1833 era el gobierno de la reina. Sin un amplio apoyo popular al carlismo una guerra como la de 1833-1840 jamás habría tenido lugar. García Sanz considera de gran importancia para hablar de los liberales navarros que en Pamplona hubiera una milicia de varios centenares de hombres. Milicia cuyo liberalismo habría

que plantearse si tenemos en cuenta los artículos publicados por José Fermín Garralda sobre la del Trienio liberal o las apreciaciones del general Quesada, que consideraba que los milicianos serían un gran apoyo en la lucha contra el carlismo, “pero que en el día no se puede contar con ellos. En esta capital no se puede formar la milicia urbana, pues es la población que está en peor sentido, y por lo tanto debe estar siempre desarmado este pueblo”. Y no veo motivo para que Quesada fuera a mentir en su exposición al gobierno, y tampoco para pensar que los historiadores de hoy puedan llegar a saber mejor que él como pensaban los habitantes de la capital Navarra. Reconozco, sin embargo, que mi natural modestia a la hora de pensar que el juicio de un contemporáneo bien informado puede dar mejor resultado que el análisis social de unos listados de gentes que no sabemos como pensaban, no es compartido por la mayor parte de mis sabios colegas, convencidos de su gran superioridad intelectual sobre cuantos les han precedido.

El libro da múltiples datos interesantes, aunque tal vez hace excesivo hincapié en algunos que lo son menos, como el hecho del gran número de carlistas navarros que se acogen al convenio, una mitad de la muestra hasta octubre de 1839. Que gran parte de los oficiales navarros no tardaran en acogerse al Convenio de Vergara es algo que no nos sorprende. Una cosa es que los batallones navarros no estuvieran comprometidos en la preparación del Convenio (no hay más que ver las listas

que dio Maroto al respecto), e incluso que varias unidades se hubieran sublevado contra el jefe de estado mayor del Ejército, y otra que una vez producido el desastre sus miembros optaran por acogerse al mismo, unos antes de cruzar la frontera y otros tras traspasarla. Se había luchado, se había perdido, y se podía regresar sin mayores problemas. Que de los 366 que se conoce el dato 229 se acogieran, y 137 no, es más llamativo por el número de noes que de síes, pues como muy bien se señala en el texto de hombres se trataba. Lo extraño, por poner otro ejemplo, no es que el 26 de diciembre de 1839 188 de los presos carlistas del depósito de Cádiz optasen por conformarse con Convenio, sino que hubiera 165 que se negaran a hacerlo (BRAH, Pirala, leg. 9/6831-4). Además habría que tener en cuenta que si se admite que pudo haber 700 oficiales navarros, es indudable que los 235 que no aparecen en la muestra debieron figurar mayoritariamente entre los que no aceptaron el Convenio, pues debido a ello han generado menos documentación.

En el Archivo Histórico Nacional, sección de Estado, hay una amplia documentación de diversos consulados españoles en Francia donde pueden estudiarse listas de los carlistas que deseaban acogerse al Convenio. Por cierto, que es de este mismo archivo de donde procede la cifra de algo más de veintiséis mil emigrados españoles en Francia en octubre de 1840 que García Sanz y Ruiz Astiz recogen del libro de Canal (2000) sobre el carlismo, libro en el que su autor me copia

repetidas veces datos sin citarme, en este caso de un artículo que publiqué en *Aportes* en marzo de 1987. Eso de no citarme en temas en lo que estarían obligados a ello es algo que ocurre con diversos autores, como Francisco Santos Escribano (*Miseria, hambre y represión*, p. 85), que publica en 2001 como inéditos los datos de un censo carlista de Navarra que Paloma Ascaso y yo habíamos publicado ocho años antes y de forma más completa (*Aportes*, núm. 22-23, p. 91-105). Además, un resumen de dicho censo lo había dado a conocer en mi libro sobre la Primera Guerra Carlista, páginas 340-341, libro que Santos Escribano incluye en su bibliografía, e incluso cita en la nota 70 de la página 110. Eso sí, con el mérito de que cualquiera que compare la glosa que hace de lo que yo digo en la página 645 de mi obra con lo que efectivamente pone en dicha página quedará tan asombrado como yo mismo lo estoy.

El libro valora mucho la participación en el alzamiento de O'Donnell en 1841, pero no dice si los oficiales carlistas que se unieron estaban integrados en unidades militares que lo secundaron, lo que creo que limita el valor del dato. En cualquier caso, es evidente que por mucho que dijeran sus jefes para un carlista no estaba mal participar en un alzamiento antiesparterista. Más llamativo me resulta que nada más y nada menos que 112 de estos oficiales participaran en el alzamiento montemolinista, eso que algunos no quieren llamar Segunda Guerra Carlista por más que lo fuera,

que nunca pensé tuviera tanta fuerza en Navarra. Por cierto, que en la página 71 se hace referencia a una misiva sin firma dirigida por varios jefes carlistas a don Carlos el 10 de mayo de 1848 cuya procedencia no estaría de más confirmar, pues no han visto el documento original, sino que citan a través de una fuente intermedia (Camps, 1978), que a su vez refiere a una obra clásica, pero sin mencionar página.

A la hora de las conclusiones, los autores afirman que “este trabajo ha constatado que sólo una aparte de los individuos de la muestra se alistó voluntariamente en las filas del pretendiente. Resulta difícil cuantificarla, pero parece que fue bastante inferior a la mitad.” Pudiera ser, pero nada he visto en el libro que pruebe semejante afirmación. Y creo que tampoco estaría de más que los autores hicieran una reflexión sobre que una cosa es adherirse al Convenio de Vergara o cualquiera de los indultos sucesivos, y otra haber colaborado en que tuviera lugar. Parecen por otra parte sorprendidos de que los combatientes carlistas en Navarra puedan ser similares en número, según los datos erróneos por ellos manejados, en la guerra de 1833-1840 y en la de 1936-1939 pese al aumento de población. A mí desde luego no me extraña, pues nunca hubiera creído posible que Navarra, por más que en ella perdurara con fuerza el carlismo, pudiera ser más carlista en 1936 que cien años antes. El problema es que la imagen que a veces se tiene del carlismo procede en ocasio-

nes de autores que no saben prácticamente nada de la Primera Guerra Carlista, y por tanto no son conscientes de la fuerza que el carlismo tenía en 1833. De ahí ese “pequeño error” de minusvalorar los efectivos navarros en la guerra de los siete años en más de un cincuenta por ciento.

El libro tiene una gran carencia, que ya he señalado al principio, y es el escaso conocimiento que tienen sus autores de la Primera Guerra Carlista, por mucho que puedan haber escrito sobre la misma. Y así, conociendo bien la Primera Guerra Carlista, no se cometerían errores tan groseros como los que ahora, a modo de ejemplo, voy a señalar.

En la página 55 se incluye un cuadro donde se recogen las graduacio-

nes de los militares que se estudian en 1833 y 1839. Según puede verse en 1833 tan sólo uno de ellos había llegado al generalato (1 brigadier), cifra que en 1839 había evolucionado hasta 8 brigadieres, 8 mariscales de campo y 1 general. Siendo pues los militares más destacados me ha parecido que podía ser de interés ver que se nos dice de ellos, máxime cuando según leía notaba que se me salían los ojos de las órbitas.

Según las semblanzas personales de militares carlistas navarros que constituyen el grueso de la obra (p. 89-555), los navarros que alcanzaron el generalato fueron los que a continuación se relacionan, con los empleos de ingreso y final que también se hacen constar:

NOMBRE	EMPLEO INGRESO	EMPLEO FINAL
Teodoro Carmona	Capitán	Mariscal de campo
Martín Luis Echevarría	Coronel	Brigadier
Francisco García	Capitán	General
José Luis Gastón	Coronel	Mariscal de campo
José Antonio Goñi	2º comandante	Mariscal de campo
Juan Antonio Guergué	Comandante	General jefe
Casimiro Ilzarre	Capitán	Brigadier
Francisco Iturralde	Coronel	Mariscal de campo
Francisco Ortigosa	Capitán	Brigadier
Fermín Ripalda	Comandante	Brigadier
José Miguel Sagastibelza	Comandante	Brigadier
Pablo Sanz	Capitán	Mariscal de campo
Juan Manuel Sarasa	Coronel	Mariscal de campo
Melchor Silvestre	Comandante	Mariscal de campo
Tomás Tarragual		Mariscal de campo
Juan Antonio Zaratiegui		Brigadier
Juan Bernardo Zubiri	1º comandante	Brigadier

Lo primero que hay que hacer constar es que se trata de un total de 17 nombres, lo que cuadra con lo que se nos había anticipado, aunque con alguna ligera matización: nadie aparece con el grado de brigadier en 1833, mientras que en 1839 tenemos 8 mariscales de campo, 7 brigadieres, 1 general jefe y 1 general a secas, en lugar de los 8 mariscales, 8 brigadieres, y un general prometidos. Sin duda esta pequeña alteración no tiene gran importancia. El problema es que la lista tiene varios errores:

- Teodoro Carmona: cuando es fusilado por Maroto en Estella no es mariscal de campo, sino brigadier.
- Francisco García: cuando es fusilado por Maroto en Estella es mariscal de campo, que es un tipo de general, como también lo es brigadier, teniente general o capitán general. Es una imprecisión impropia de un trabajo de este tipo.
- Luis Gastón: era brigadier desde 1822, luego mal iba a ingresar como coronel.

- Juan Antonio Guergué: cuando es fusilado por Maroto en Estella no es general en jefe, lo que dicho sea de paso no es una graduación militar, sino un empleo. Era mariscal de campo. Además cuando se incorporó a las filas carlistas era ya coronel, habiendo estado al frente del regimiento provincial de Logroño, por lo que mal pudo incorporarse como comandante.

- Tomás Tarragual: cuando muere en la acción de Ramales era brigadier.

- Juan Antonio Zaratiegui: cuando termina la guerra era mariscal de campo.

En fin, los errores afectan a poco más de un tercio de los generales, y en el caso de García es más una imprecisión que otra cosa, por lo que podría pensarse que tampoco es para tanto. Pero es que los errores más graves no son los que ya hemos señalado, sino los que se han cometido con los generales que no se han reconocido como tales, pues aparecen con los siguientes datos

NOMBRE	EMPLEO INGRESO	EMPLEO FINAL
Joaquín Elío Ezpeleta	Coronel	Comandante
Francisco Benito Eraso	Coronel	Comandante
Juan Bautista Guergué	Coronel	
Santos Ladrón de Cegama	Coronel	Coronel

Como es bien sabido, Joaquín Elío acabó la guerra como mariscal de campo, graduación que también tenía Eraso cuando falleció en 1835. Juan Bautista Guergué, tío de Juan Antonio, era

brigadier al iniciar el conflicto. Pero sin duda lo más notable es el caso del mariscal Santos Ladrón de Cegama, jefe del alzamiento navarro de 1833, a quien se convierte en coronel. Resulta

pues que de los datos que se proporcionan de 10 de los 21 generales navarros, cerca de la mitad, son erróneos, y eso que no me he molestado en verificarlos, simplemente he visto lo que cualquier buen conocedor de la guerra sabe sin necesidad de mirar ningún papel, lo que me hace temer que en esta lista de generales pudiera haber más errores en otros aspectos si se indaga con la debida atención. ¿Es grave? Depende como quiera valorarse. Subir o bajar un grado a Juan Baustista Guergué, Tarragual o Gastón no creo que tenga gran importancia. No saber de memoria que en Estella fueron fusilados los mariscales Sanz, Guergué, García, el brigadier Carmona, el intendente Uriz y el oficial de la secretaria de Guerra Ibáñez demuestra que no se está demasiado familiarizado con estos sucesos. Ignorar que Zaratiegui era mariscal de campo es ya mucho ignorar, pero lo que es dramático es desconocer la relevancia de Ladrón, Eraso y Elío. Tal vez lo más llamativo es que todas las fichas llevan a pie de página la bibliografía utilizada para elaborarlas, bibliografía que es evidente que en los

casos que hemos mencionado no se ha leído bien.

Si estos errores se cometen con los más importantes de los jefes carlistas, no es descabellado suponer que puedan afectar en la misma proporción a muchos de los integrantes de la muestra, por lo que me es imposible “seguir comentando entusiasmado otros aspectos destacados del interesante estudio”, tal y como hace Canal en su prólogo, aunque su entusiasmo tal vez sea debido a que se cita a sí mismo en la mitad de las seis notas que pone a su texto, ninguna de las cuales tiene que ver con la Primera Guerra Carlista en Navarra.

En resumidas cuentas: una pena. El tema era interesante y las creencias apriorísticas de sus autores no tenían por qué arruinar la validez de los datos obtenidos, pero es evidente que en algún momento hubieran necesitado la supervisión de alguien que supiera de historia militar, de la Primera Guerra Carlista o, a ser posible, de ambas cosas.

ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA